Año XXI. PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS, Num. 46.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC., BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.

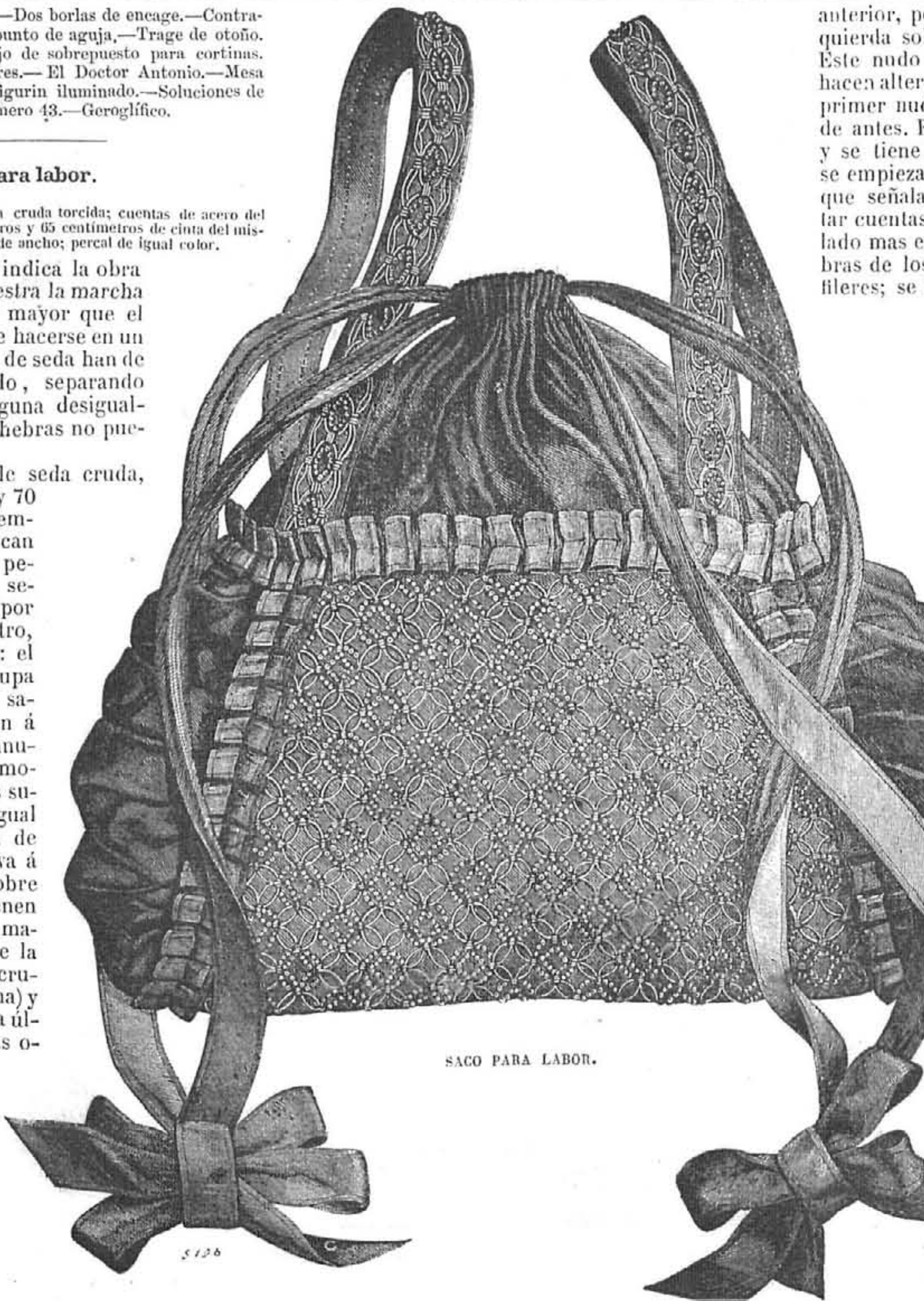
Sumario.—Saco para labor.—Dos borlas de encage.—Contradanza (música).—Colcha á punto de aguja.—Trage de otoño.—Manga al crochet.—Dibujo de sobrepuesto para cortinas.—Galería de mujeres célebres.— El Doctor Antonio.—Mesa revuelta.—Explicacion del figurin iluminado.—Soluciones de la charada inserta en el número 43.—Geroglífico.

Saco para labor.

MATERIALES.—12 gramos de seda cruda torcida; cuentas de acero del n.° 7; tafetan azul aciano; 5 metros y 65 centímetros de cinta del mismo azul de centímetro y medio de ancho; percal de igual color.

Unimos al dibujo que indica la obra terminada, otro que muestra la marcha del trabajo, en tamaño mayor que el natural. Esta labor debe hacerse en un solo pedazo: las hebras de seda han de examinarse con cuidado, separando todas las que tengan alguna desigualdad ó algun nudo. Las hebras no pueden añadirse.

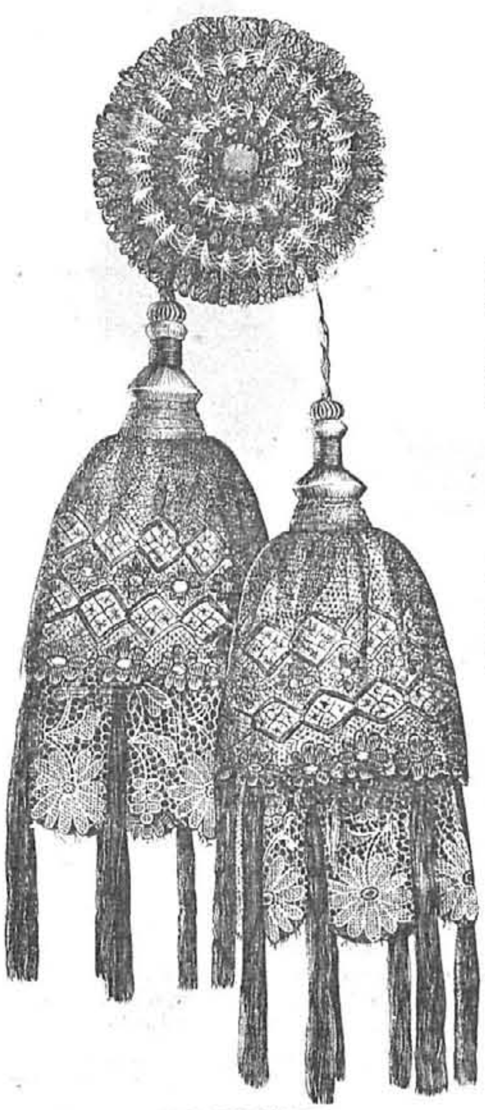
Se cortan 40 hebras de seda cruda, cada una de 1 metro y 70 centímetros: la labor empieza por arriba. Se pican sobre un cogin ancho y pesado 20 alfileres fuertes, separados unos de otros por un espacio de 1 centímetro, y puestos en línea recta: el ancho que esta línea ocupa es el que ha de tener el saco por su base. Se atan á cada alfiler dos hebras anudadas por su medio, de modo que cada uno de ellos sujeta cuatro hebras de igual largo. Se toma la hebra de la derecha, y se la lleva á la izquierda pasando sobre las otras tres, que se tienen bien tirantes con la otra mano; se toma la hebra de la izquierda (que ha sido cruzada por la de la derecha) y se pasa por cima de esta última y por debajo de las otras dos. Mientras que se sujetan las dos hebras del centro con los dos últimos dedos de la mano izquierda, se tira suavemente de las otras dos hasta el nudo del alfiler: con las mismas hebras se hace luego un segundo nudo, pero al revés del anterior, porque primero se pasa la hebra de la izquierda sobre las otras, y luego la de la derecha. Este nudo tambien se aprieta junto al otro, y se hacen alternativamente otros dos, que completan el primer nudo, pero empleando solo las dos hebras de antes. En todos los alfileres se hace otro tanto, y se tiene la primera fila de nudos. En la segunda se empieza á trabajar con las cuentas. Nos queda que señalar las hebras en que se han de ensartar cuentas. Habiéndose comenzado el saco por el lado mas estrecho, se dejan ahora sin juego las hebras de los tres primeros y de los tres últimos alfileres; se toman las dos hebras de la derecha del 4.° alfiler, se las junta con las dos primeras del 5.°, en cada una de las cuales se han ensartado 3 cuentas de acero, y se hacen con las 4 hebras un nudo cuádruple, como el ya descrito; se emplean en seguida las hebras del centro de la primera fila para formar los nudos actuales. En cada una de las otras dos hebras del 5.° alfiler se ensartan 3 cuentas, y con dos hebras del 6.° (sin cuentas) se forma un nudo cuádruple. Las otras dos hebras del 6.° alfiler (sin cuentas) se unen á las dos primeras del 7 (con cuentas) para formar un nudo. Así se continúa hasta tener 13 de estos.



SACO PARA LABOR.

Al comenzar la 3.ª fila, se dejan á un lado las dos hebras de la izquierda pertenecientes al primer nudo de la vuelta anterior; en cada una de las otras se ensartan cuentas; las hebras siguientes del 2.° nudo se hacen tambien con *cuentas*, y *con* estas 4 hebras se forma el nudo; el primer medalloncito con cuentas se ha terminado: las 4 hebras siguientes son sin cuentas, y forman el 2.° nudo; despues un medallon sin cuentas y así se continúa. Esta fila se compone de 12 nudos. La que sigue tiene 14; se la principia tomando las dos hebras que se han dejado á un lado en el primer nudo de la vuelta anterior, y anudándolas (sin cuentas) con las dos hebras de la izquierda del dicho nudo; el siguiente tiene

© Biblioteca Nacional de España



BORLA DE ENCAGE.

dos hebras con cuentas y dos sin ellas.

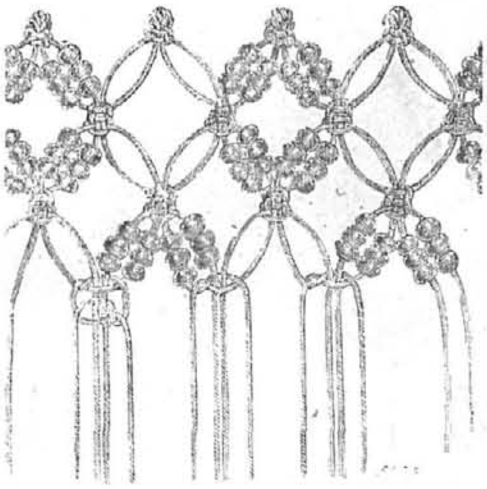
En la 5.ª fila se toman las 2 hebras dejadas á un lado del 4.º alfiler, y se las emplea para el nudo con las 2 primeras del 5.º: lo mismo se hace al fin de la vuelta. Esta fila se compone de 14 nudos.

6.ª y 7.ª filas sin añadir hebra alguna: la 6.ª tiene 13 nudos y la 7.ª 14.—En las tres filas siguientes se emplean al principio y al fin 2 hebras de los alfileres de que aun no nos hemos servido.— Estas filas tienen 15, 16 y 17 nudos.

En la fila 13 (de *18 nudos) se toman* 2 nuevas hebras al principio y al fin.

Las 14.ª y 15.ª no tienen aumento.—En las 16.ª y 17.ª se toman al principio y al fin las dos últimas hebras. La 1.ª fila se compone de 19 nudos y la 2.ª de 20. —Así se continúa hasta la fila 20 (medio de la labor) haciendo alternativamente *una fila con* 19 nudos y otra con 20. El número de estos se va disminuyendo en la misma proporcion en que fué aumentando, y esto hasta llegar á la fila 40.ª que se compone de 13 y termina la labor.

Para cada asa se cortan 8 hebras del mismo largo que las del saco y se pican dos alfileres: se hace la 1.ª fila de nudos; en la 2.ª se dejan 2 hebras por cada lado; en cada hebra del medio se ensartan 3 cuentas: se hace el nudo. En la 2.ª fila se vuelven á tomar las hebras que se dejaron, y se hacen 2 nudos; en esta fila, como en las siguientes, se ensartan cuentas en las 2 hebras del medio, que forman un medallon sencillo, con cuentas en el centro del asa. Cuando se tienen 18 medallones



N.º 2.—DIBUJO DEL SACO DE LABOR.

completos está terminada el asa. La otra es igual. — Luego se forran ámbas de tafetan azul.

Se forra el saco con percal azul, cubierto de tafetan azul: la parte de arriba de aquel se hace con una tira de tafetan de 40 centímetros de largo y 20 de *ancho; en los lados trans*versales se forma un dobladillo que sirve de jareta, y sobre esta tira se cose el saco ya forrado (antes de haber cosido los lados), estos se cosen luego, y á cada lado se coloca un bullon de tafetan, igualmente forrado de percal, que tenga 28 centimetros de largo y 11 de ancho en el medio, disminuyendo de modo que solo venga á tener 8 centímetros en cada extremo: se le frunce y se le pega como indica el dibujo. Despues de háber puesto las asas, se guarnece el saco con rizados de cinta que cubren las costuras todas.

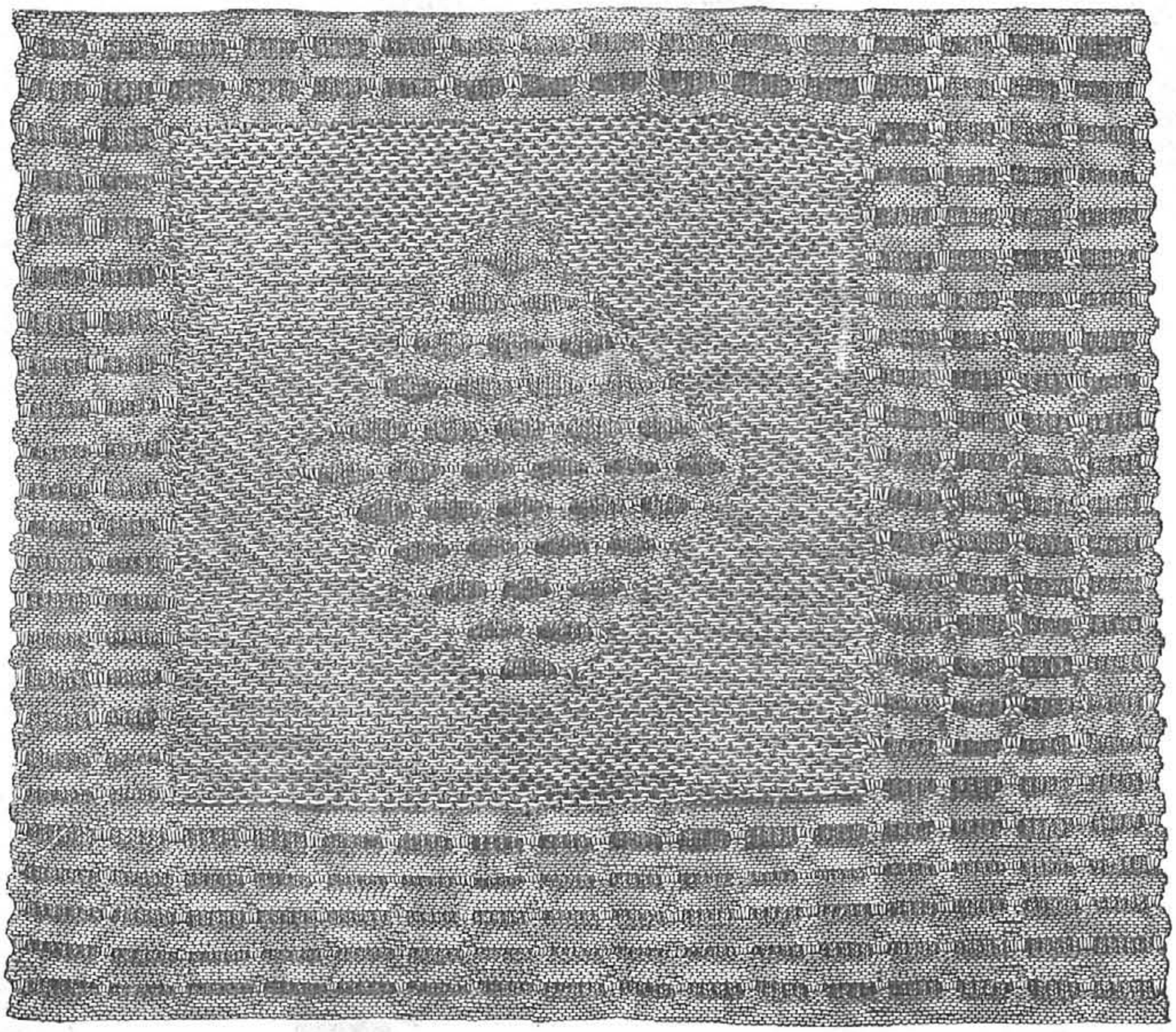
En la jareta se pasan dos pedazos de cinta, cada uno de 55 centímetros de largo; se cruzan, y se terminan en lazos. El tafetan y la cinta pueden ser color de cereza, violeta ó verde.

BORLA DE ENCAGE.

Dos borlas de encage.

La moda ha autorizado al encage para tomar todas las formas, y se hacen ahora borlas de él para capuchones, albornoces ligeros, sombrillas, peinados, etc. Su ejecucion es muy fácil, como va á verse.

BORLAS CON ROSETA.—Para cada una de las dos borlas pendientes de la roseta, se emplean 14 centímetros de encage blanco, *de 11 centime*tros de ancho y 18 de encage negro de 7. Se cosen juntos los dos extremos del encage; esto forma un circulo que se frunce por el borde de arriba, y antes de apretar los fruncidos, se ponen los encages uno sobre otro, de modo que el encage negro cubra una parte del blanco, y que los dos bordes fruncidos se hallen en la misma linea. Se prepara un boton redondo y pla*no (de madera ó* carton) forrado de tafetan blanco, al cual se ata un bucle de cordon-cartulína fino, de 5 á 6 centimetros de largo.—Inmediatamente encima de este boton, que sirve para mantener la forma redonda de la borla, se fruncen los encages y se aseguran al cordon: este sitio se rodea con 6 ó 7 órdenes de fleco negro y blanco, muy estrecho y sin cor-



CUADRADO A PUNTO DE AGUJA PARA COLCHA.

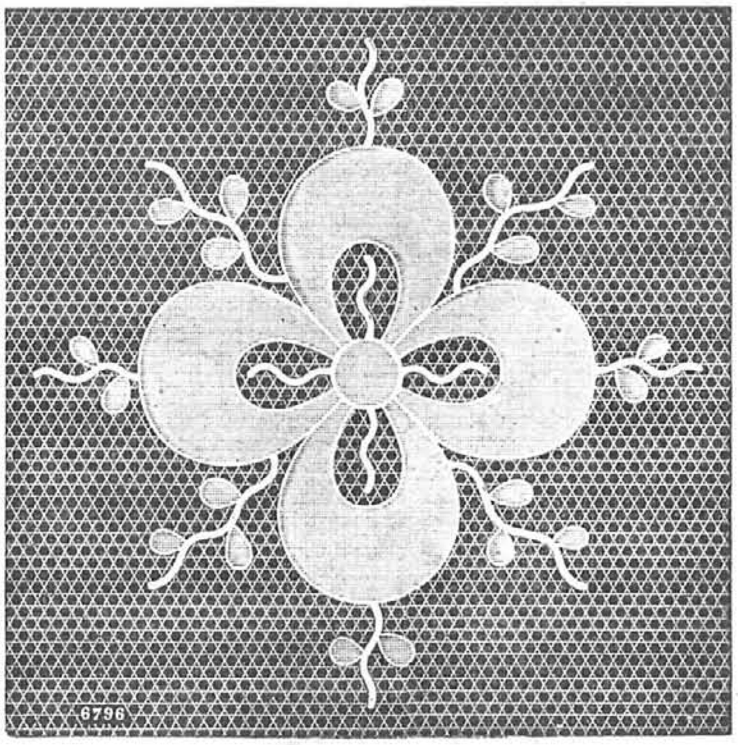
© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

tar. Sobre este fleco se coloca una hormilla de madera forrada de seda blanca y negra, que remata en una bolita cubierta de igual manera. Se añaden á la borla otras seis de fleco, largas y delgadas, hechas con torzal negro de seda, cada una de 6 centimetros de largo y compuestas de 30 á 32 hebras.

La roseta se hace de encage negro y blanco, de 1 centimetro de ancho, plegados á pliegues huecos. Se la dispone sobre una redondela de tul negro rigido, que tenga 5 y 1/2 centímetros de diámetro; se cubre esta, alternativamente con un órden de encage blanco y otro negro, y en el centro se le pega un boton de seda de ámbos colores. Debajo de la roseta se atan las dos borlas.

Borla de encage.—Se toman 36 centimetros de encage blanco, de 10 centimetros de ancho; se cosen uno á otro sus extremos: se frunce su borde superior, y se le pega á un largo bucle de cordon. Se toman luego 30 centimetros de encage negro, de 6 y 1/2 de ancho, se cosen sus dos cabos; se frunce el borde de arriba, se le cose al cordon debajo del encage blanco, á un centimetro y medio de distancia de éste. Se reviste la parte superior del encage blanco con un bullon pequeño de tul negro de seda con dibujos. Puede hacerse esta borla toda de encage negro ó blanco.



SALPICADO PARA LA CORTINA DE SOBREPUESTO.

Colcha á punto de aguja.

MATERIALES.—Algodon blanco de 6 hebras; agujas largas de acero de un grueso adecuado al del algodon.

Esta colcha, para cama ó cuna, se compone de tiras labradas por separado y representando cuadros. Nuestro dibujo reproduce uno de los cuadros, y tambien la orla. Es preciso emplear agujas muy largas. Se arman 132 puntos, y se hace una vuelta lisa al derecho. Este lado es el revés de la labor.

El primer punto no se levanta nunca: se le hace al revés ó al derecho, como las siguientes.—Se hace una vuelta al revés,—1 al derecho,—1 al revés, —1 al derecho y se ha terminado la primer lista inferior de lo bajo de la orla, que cuenta 6 listas.

5.ª *vuelta.*—1 punto al derecho *,—2 levantados (sin cogerse), dejando el algodon por detrás,—6 al derecho.—Vuélvase á comenzar 15 veces desde *, —2 puntos levantados,—el último punto al derecho.

6.ª *vuelta.*—1 punto al revés,—* 2 levantados al revés, esto es, dejando el algodon por delante;—6 al revés: vuélvase 15 veces desde *, en seguida 2 puntos levantados al revés, el último punto se hace al revés.

7.ª y 9.ª *vueltas.* — Como la 5.ª: 8.ª y 10.ª como la 6.ª; despues de la 10.ª vuelta, se hace una al revés,—1 al derecho,—1 al revés,—1 al derecho, despues se comienzan de nuevo las vueltas descritas, desde la 5.ª hasta la 10.ª Se continúa haciendo alternativamente una lista de relieve y otra hueca, hasta tener las 6 listas de relieve que forman la orla.

La vuelta siguiente comienza el fondo.—Se hace: 1 punto al derecho,—2 levantados al derecho, *—6 al revés,—2 levantados al derecho,— se vuelve 3 veces desde *; esto hace 35 puntos, despues de los cuales se hacen 78 al derecho, —2 levantados al derecho,—6 labrados al derecho,—2 levantados al derecho,—6 al derecho,—2 levantados al derecho; —el último cogido al derecho. Los 35 primeros puntos y los 19 últimos componen la orla de cada lado, y se continúa, como hemos dicho, de manera que formen el enrejado mientras que los 78 puntos del medio componen el fondo.—En la vuelta siguiente los puntos del fondo se hacen al revés,—la orla, segun se ha dicho. En la vuelta que sucede á esta, se principia el dibujo del fondo, que se hace como sigue: * 1 punto levantado al revés,—1 hecho al revés. Se vuelve sin cesar á *.

La vuelta que sigue se hace enteramente al revés, y alternativamente se vuelven á comenzar las dos vueltas, pero haciéndolas encontradas. Despues de haber hecho 26 vueltas (inclusive la que comienza el fondo) se llega á la punta inferior del losange colocado en el centro del cuadro. En la vuelta 27 del fondo, se hacen los 10 puntos del medio al revés,—en la 28 se hacen al derecho, y así alternativamente. Para la lista hueca que sucede á la de relieve, los 2 primeros y los 2 últimos puntos de los 10 del medio se levantan; la lista de relieve siguiente se adelanta por cada lado 4 puntos sobre el fondo.

Terminado el losange, se hacen 24 vueltas, como las que le precedieron,— despues 2 lisas, como las del fondo; luego la orla, en seguida el fondo y el losange, y asi se sigue.

Cuando la tira de cuadros es suficientemente larga, se desmonta, y se comienza otra, que cae á la izquierda de esta despues de cosidas. La tira de el medio se arma solo con 116 puntos, y la orla 19 de ancho por cada lado.

Trage de otoño.

Se hace de alpaca negra fina: el borde está recortado en puntas poco profundas, orladas con un galon violeta y negro; bajo las puntas se coloca un volante encañodado, igual al trage, de 3 centimetros de ancho.

El corpiño, sin tener faldones, se prolonga un poco sobre las caderas; está enteramente orlado por un galon violeta y negro; las solapas son de tafetan violeta: pueden juntarse cuando se quiere que el corpiño sea cerrado. Las mangas, con vueltas de tafetan violeta, son muy anchas, adornadas de galon, y la vuelta parece sujeta á la manga por dos botones de pasamanería negra.

TRAGE DE OTOÑO.

Manga al crochet.

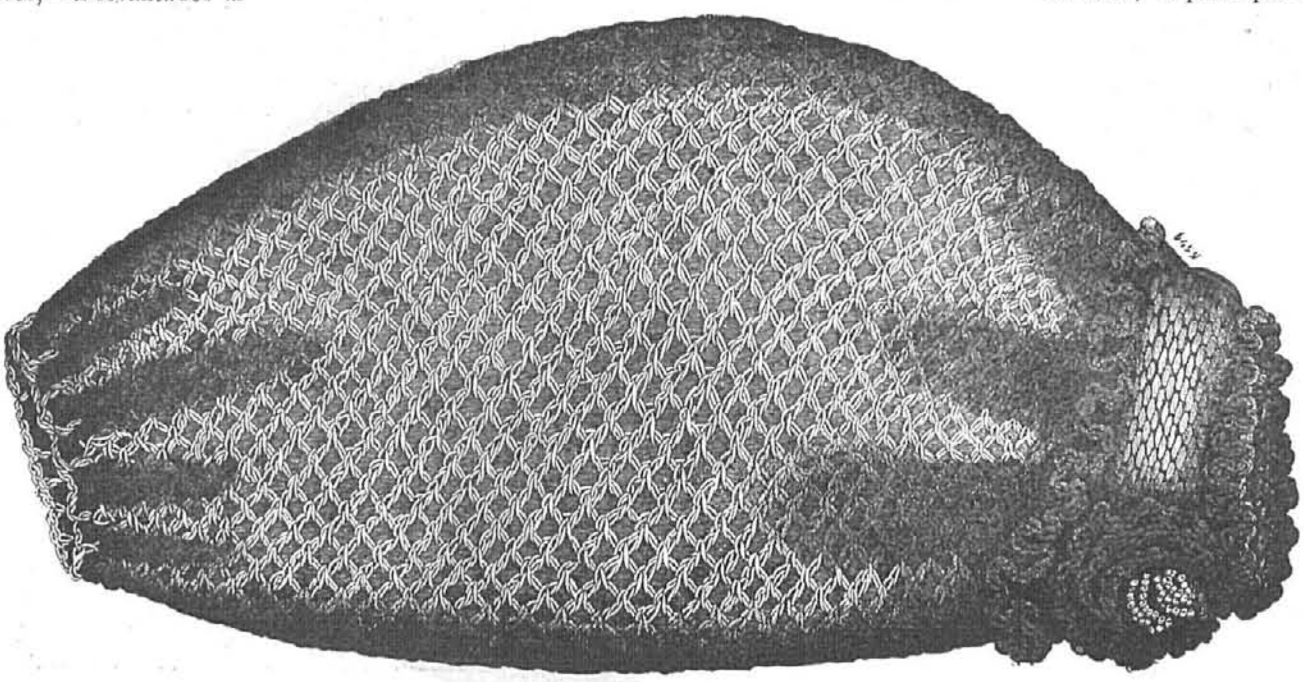
MATERIALES. —Para un par. – 80 gramos de lana céfiro blanca; algunas madejas de la misma lana azul celeste; 2 hilos de cuentas de acero gruesas; 2 crochets de madera de grosor desigual.

La manga se labra á *punto enrejado*: el manguito á *punto de Gobelinos sencillo*, de los que nos hemos ocupado repetidas veces. La manga se hace con el crochet mas grueso. Se forma una cadeneta de 75 puntos; y durante 46 vueltas, se ejecuta el dicho *punto enrejado* sin menguar ni crecer. Se cosen uno á otro los dos lados, frunciendo un poco la costura á fin de que la manga haga comba. En seguida se hacen 43 bridas,—despues otra vuelta de bridas: esta se compone de 22 y de un punto en el aire entre cada brida; estas 2 vueltas forman el puño, al través del cual ha de pasar la mano.

El manguito se labra á punto de Gobelinos sencillo, con un crochet algo mas fino que el otro. Se hace una cadeneta de 10 puntos, sobre los cuales se ejecutan 10 vueltas sin crecer ni menguar. En las 9 vueltas siguientes se crece, y para esto se pica el crochet en el primer vacío, al principio de la primera fila de cada vuelta (cada vuelta se compone de dos filas).

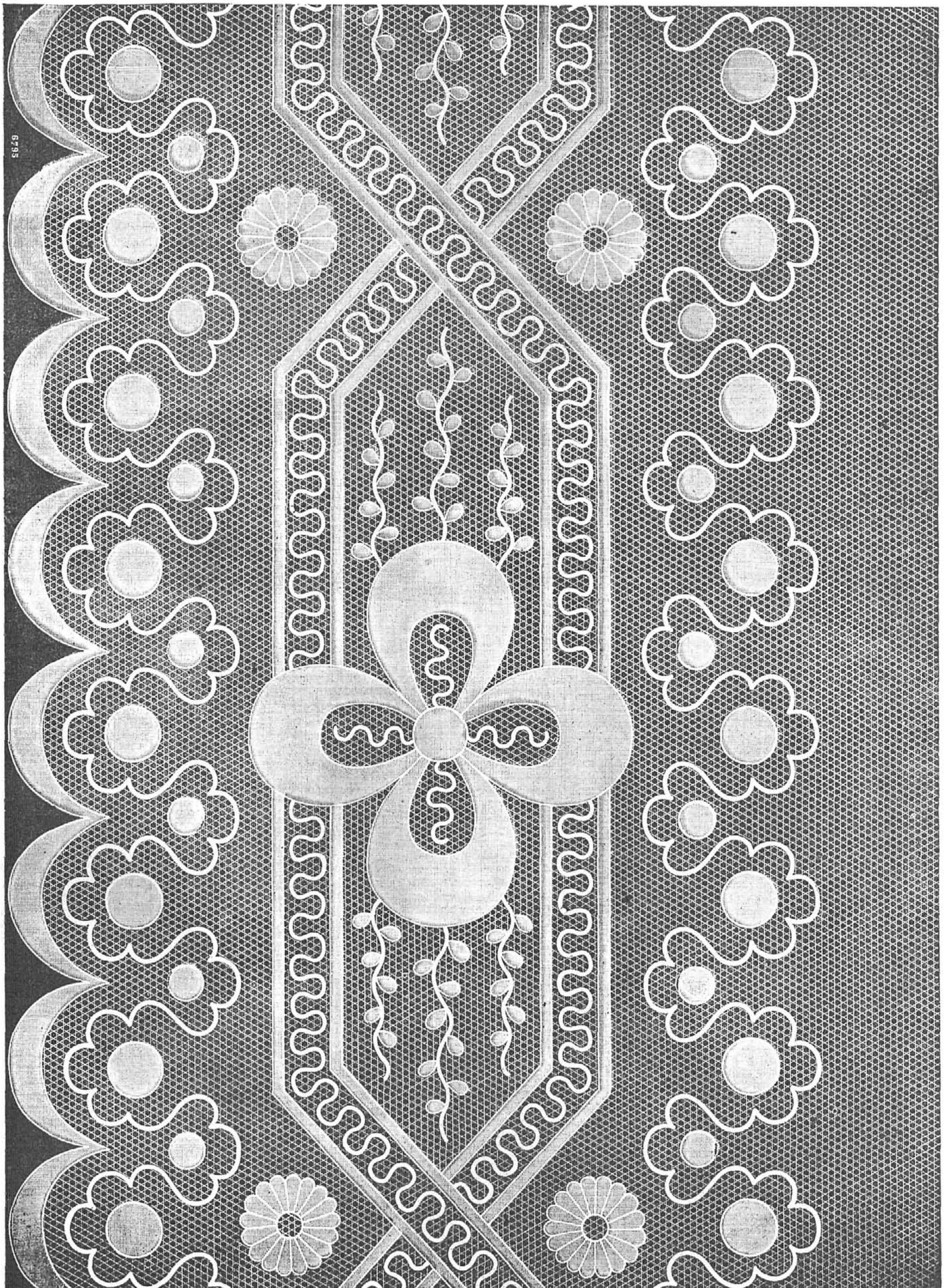
Cuando se tienen 16 puntos sobre el crochet, se ha llegado al medio del manguito. En las 9 vueltas siguientes se mengua en la proporcion indicada para el crecido: para ello se pica siempre el crochet en el segundo vacío, al principio de la primera fila de cada vuelta; despues se hacen 10 vueltas con el mismo número de puntos.

Para la guarnicion del manguito se toman sobre el crochet mas grueso todos los puntos del borde exterior, pasando en cada uno la hebra de lana: se ata la lana azul, y trabajando con esta se hacen 3 puntos en el aire, y al mismo tiempo se deja caer fuera del crochet el bucle blanco (bucle formado por la hebra de lana que se ha pasado en cada punto); se hacen 3 puntos en el aire, y se deja caer el 2.º bucle blanco; y así para lo demás



MANGA AL CROCHET.

© Biblioteca Nacional de España



DIBUJO DE SOBREPUESTO PARA CORTINAS.

© Biblioteca Nacional de España

de la fila. Otro tanto se hace para el lado que está en línea recta, aproximando los bucles blancos para que el rizado esté bien espeso al rededor de la mano. Se cose el manguito á la manga, y en un lado se pone un boton y en el otro un ojal.

La roseta que la adorna se hace formando una cadeneta de 45 puntos, en cada uno de los cuales se pasa la hebra de lana que forma bucles que se conservan en el crochet. Se ata la lana azul, y con ella se hace una vuelta de puntos en el aire, como la que há poco indicamos. Esta tira se dispone en espiral para formar la roseta en el centro de la cual se ponen 5 bucles de cuentas, cada uno de 15 cuentas. Estas pueden suprimirse.

Dibujo de sobrepuesto para cortinas.

Nuestro dibujo representa el borde inferior de la cortina: se la ejecuta en tul griego: el sobrepuesto es de nansouk fino ó de muselina. Todos los pedazos que se aplican deben festonearse, despues la tela se recorta con cuidado á fin de no interesar el tul; la tira estrecha es igualmente sobrepuesta y se festonea por cada lado: la roseta aislada se emplea para salpicado de la parte superior de la cortina. El dibujo que no es de sobrepuesto, se hace al crochet (punto de cadeneta).

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

COLECCION DE LEYENDAS BIOGRAFICAS
ESCRITA
POR LA SEÑORA

D.ª M.ª del Pilar Sinués de Marco.

(Conclusion.)

(Véanse los números 27, 31, 41, 42 y 43.)

En otra carroza, tranquilo, risueño y acompañado de otros grandes del estado, iba el conde de Wittshire padre de la reina decapitada.

Todos miraban á aquel hombre con un profundo sentimiento de menosprecio y de horror.

En el atrio de San Pablo, dejó la comitiva los carruages y se puso en marcha en la forma siguiente:

María tomó al recien nacido en sus brazos; llevaban la larga cola de su manto de terciopelo blanco, bordado de plata los dos padrinos.

El príncipe recien nacido llevaba ya el manto real de terciopelo carmesí, guarnecido de cisne: la cola la llevaba la princesa Isabel, á quien á su vez llevaba de la mano lord Seymour.

Aquella criatura era preciosa, encantadora: eran hermosos sus cabellos castaños, recogidos en trenzas que rodeaban gruesas sartas de perlas de oriente: su trage riquísimo de brocado de plata, abrumaba el delicado cuerpo de la niña, y su manto celeste tenia una larga cola.

Isabel tenia los ojos azules, la nariz aguileña, las cejas suaves y bien arqueadas: era blanca y pálida con boca fina y rosada y bonita dentadura.

En nada se parecia á su madre, la alegre, la voluptuosa Ana Bolena: era triste y altiva: tal era aun cuando muchos años despues se apasionó de Courteayg, cuando dictó la sentencia de muerte de María Stuard, siendo la poderosa reina de Inglaterra.

Isabel asistió á la ceremonia, sonriendo. María grave, pero serena: veia que el niño que tenia en los brazos, le robaba la corona de su padre, que quizá algun dia podia pertenecerla.

Cuando la comitiva volvió á palacio, era ya cerca de media noche: la reina permanecia aun en su sillon, adormecida por una fiebre ardiente: el rey, sentado á alguna distancia, ni le hablaba ni la miraba siquiera.

Reflejaron por fin las hachas de viento de la escolta en los tapices de la cámara real, y el rey corrió al balcon.

Segun la etiqueta, toda la comitiva debia desfilar por delante de la reina: así se hizo llevando las trompetas y las músicas al frente.

Juana, á pesar de sus padecimientos, sintió tan viva alegría al ver la pompa de que se rodeaba á su hijo, y la satisfaccion que el rey manifestaba por su nacimiento, que despues de haber recobrado los sentidos, para ver la ceremonia, volvió á desvanecerse y hubo que llevarla á su lecho. A la mañana siguiente, apareció la reina muy débil y quebrantada: pero tuvo la suerte de que el rey, enteramente ocupado de su hijo, y enteramente aburrido de ella, no pensase siquiera en que aun existia.

La tranquilidad, la soledad absoluta que en torno suyo reinaba, le trajeron una calma provechosa para su salud, pero muy triste para su corazon.

Entonces fué cuando su padre y su hermano conocieron cuan desgraciada habia hecho á Juana su ambicion y su sed de honores y de riquezas: la infeliz no tenia ni aun el consuelo de ver á su hijo.

Restablecióse no obstante, aunque muy lentamente; pero los escasos atractivos que habia tenido desaparecieron para no volver.

Su blancura alabastrina se empañó con el triste amarillento, que dejan los dias de fiebre: sus ojos se hundieron: su soberbia cabellera que era el mayor ó casi el único de sus encantos, se desprendió de su cabeza.

Juana y tambien su familia comprendian la amargura de su situacion: ya no era nada para el rey y sentia rozar sobre su frente las negras alas de la muerte.

Mas ¿qué pretesto podia buscar el rey, para hacer perecer á aquella esposa sumisa, virtuosa y ejemplar? ninguno; pero al rey de Inglaterra no le faltan jamás medios, mas ó menos tenebrosos, mas ó menos ocultos, para quitar la vida á los pobres seres que le estorbaban.

Dos dias despues de salir la reina por primera vez despues de su parto, tenian lugar en palacio dos escenas muy distintas, pero que ofrecian entre sí una terrible analogía.

El rey, á solas con el caballero de Brian su único confidente, le decia:

—Necesito los retratos de todas las princesas jóvenes de Europa.

El confidente, á pesar de su maldad, se extremeció: aquellas palabras eran la sentencia de muerte de la reina.

—Está bien, señor, respondió humildemente.

—Sobre todo de las alemanas ¿entiendes?

—Sí, señor.

—Creo que el duque de Cleves, tiene una hermana que pasa por bastante hermosa, que no se olvide el retrato de esa princesa, Brian.

—No se olvidará, señor.

—Juana está mala, prosiguió el rey: no puede vivir mucho, y yo, á fuerza de pensar en ello, he concluido por acostumbrarme á esa idea dolorosa: ¡ay, á todo se acostumbra uno, Brian! Y el rey dejó escapar un hipócrita suspiro.

Despues de algunos instantes de silencio, preguntó el rey.

—¿Cuánto hace que no has ido á ver á María?

—Estuve ayer, señor.

—Y qué?

—Está cada vez mas firme en sus convicciones.

—¿Con que persiste en no abjurar?

—Mas que nunca, señor.

—Hace bien en ser terca, ahora ya no le puede mover el interés de la corona, puesto que de derecho pertenece á su hermano: así, ¿qué conseguirá con ceder?

—Venir á la corte, señor; la pobre niña está como presa en aquel castillo silencioso y sombrío.

—Cierto, pero ella se lo quiere: con que cuidado con los retratos, Bryan.

—No me olvidaré, señor, dijo el favorito besando la mano al rey, pues conoció que aquello era una despedida.

Y sin detenerse salió del aposento.

Mientras esta escena tenia lugar, otra mucho mas triste presentaba el aposento de la reina.

Sentada esta en un sillon lloraba amargamente, en tanto que su padre y su hermano trataban en vano de consolarla.

—¡Ocho dias sin ver á mi hijo! murmuraba Juana entre sollozos: ¡ocho dias! oh! yo no puedo vivir así!

—Vamos, hija mia, ten valor, le decia su padre: quizá hoy te le traerán.

—No, no, padre mio! quieren matarme á pesadumbres! ya estoy de mas en este palacio! mi sola mision era dar un heredero á la dinastía.... la he cumplido y bien pronto desapareceré!

—Calla, por Dios, desdichada! exclamó lord Seymour en voz baja; ¿sabes quién podrá oirte? no temes el enojo del rey?

—Ya nada temo, Tomás, repuso Juana meciendo tristemente la cabeza: témele tú, que cada dia alcanzas mas recompensas de la munificencia de Enrique, como tio carnal de su hijo: pero yo ¿qué puedo esperar? y por lo mismo ¿no lo debo temer todo? he sido el dócil instrumento de las grandezas de mi familia y no dudo que ahora que no hago falta me destruirán!

Juana se abatió de tal suerte con estas tristes reflexiones que tuvo que acostarse porque se sentia muy mal.

IX.

La una de la madrugada seria, cuando un hombre, saliendo de un corredor que comunicaba por un lado con una puerta secreta y por otro con las habitaciones del rey, penetró con paso quedo y recatado en el de la reina.

Aquel hombre era de estatura atlética y formas robustas; una cabellera enmarañada caia sobre su frente, y se aplanaba bajo un sombrero de búfalo.

Era maesse Staffen, verdugo secreto de aquel otro verdugo que ceñia una corona, y se llamaba Enrique VIII.

Deslizóse como una sombra á lo largo de los tapices y entró en la cámara de Juana.

Nadie se opuso á su paso, porque las habitaciones estaban aquella noche desiertas y casi oscuras. ¿Por qué habian desaparecido de su sitio los guardias, los pages y hasta las damas de servicio? Solo el rey hubiera podido dar respuesta á esta pregunta.

Steffen entró pues, sin que nadie le dijese una palabra, en la cámara de la reina, alumbrada por una lámpara.

Llegóse al lecho á paso de lobo, inclinóse sobre él, y al instante se oyó un grito ahogado, que se escapó del pecho de Juana.

El verdugo apoyó su rodilla sobre aquel pecho inocente y oprimió con mas fuerza la delicada garganta, que habia asido con su mano de hierro.

—¡Hijo mio.... adios!... murmuró los pálidos labios de la reina, pero ningun sonido salió de su pecho. La pobre mártir no pensó siquiera en resistir aquella mortal presion, del mismo modo que tampoco resiste la inocente cordera al cuchillo del carnicero.

Cuando Steffen separó su mano, cayó inerte aquella cabeza rubia, que habia ceñido trece meses la corona real de Inglaterra.

—Pobrecita! era una santa! murmuró el verdugo enjugándose una lágrima.

Luego salió del mismo modo que habia entrado.

. . . .

Al amanecer del siguiente dia, un médico jóven y muy pálido, extendia un parte en la misma cámara de la reina, anunciando al rey que S. M. habia fallecido por consecuencias naturales del sobre parto. Los demás médicos de cámara fueron destituidos aquel mismo dia por un decreto del rey, al parecer porque no habian sabido salvar á la reina, pero en realidad porque no habian querido firmar el parte que otro médico mas jóven y mas tímido firmó.

Algunos dias despues recibió el rey los retratos que habia mandado traer de las princesas jóvenes; las contempló á todas con atencion y luego los encerró en una caja, diciendo:

—Dentro de seis dias daré una respuesta decisiva, porque necesito volverme á casar (1).

FIN DE LA LEYENDA.

—18—

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

Entonces llegó el criado y anunció á sir John que la cuadra estaba ocupada, y no estaria libre antes de una semana. Esta noticia incomodó al gentleman; Antonio lo notó, y llamando aparte á Próspero, que seguia humilde y contrito, le dijo algunas palabras en voz baja, y luego acercándose al baron, le anunció que en la casa donde se hallaba el postillon habia una buena cuadra, y que si queria podia confiar el caballo á Próspero. Este último, añadió el doctor, tenia un hermano jóven que podia reemplazarle en clase de groom cuando Próspero pudiese volver á su trabajo.

El baron aceptó la proposicion, y Próspero trasportado de alegría por su buena fortuna, ayudó á su nuevo «signor Padrone» á apearse del caballo. Sir John confió el animal á sus cuidados, con la expresa recomendacion de que habia de hallarse todas las mañanas en la posada á las siete de la mañana para recibir las órdenes del dia.

Lucy que desde el balcon podia ver y oir todo lo que pasaba abajo, habia seguido los incidentes de ese pequeño episodio con mas interés que habria podido tener el asunto para un espectador indiferente; y cuando sir John llamó á Antonio «mi querido doctor,» una expresion de contento asomó á sus pálidas megillas, y su sonrisa se hizo mas suave.

Era muy natural que teniendo tan buen corazon como ella tenia, se alegrara al ver que se aumentaba la buena inteligencia entre su padre y su médico.

—¡Cuán bueno sois! dijo Lucy al doctor cuando subió y se sentó á su lado.

—¡Bueno! ¿Y por qué? preguntó el doctor frunciendo el ceño.

(1) Aunque varios historiadores afirman que Juana de Seymour, tercera mujer de Enrique VIII, murió de sobre parto, hay otros muy respetables que aseveran *fué ahogada en su lecho*, y la que escribe estas líneas, se inclina mas á creer lo último, atendido el carácter del feroz Enrique VIII.

© Biblioteca Nacional de España

—Por haberos acordado de ese caballo, respondió Lucy.

—Ja, ja, ja! exclamó el italiano riéndose de todo corazon por aquella *lisonja*: ¿y si os dijera que *no* he sido yo?

Lucy le miró con aire incrédulo.

—Cuando hace algun tiempo me dijisteis que vuestro padre sentia mucho no tener un caballo, hice memoria de la cosa en una carta que escribí aquel dia; desde entonces temo haber olvidado completamente el asunto, de modo que no debeis gracias mas que al acaso.

—¿Y tambien el acaso ha procurado este sillon y esta tienda á una jóven loca que demostró su gratitud siendo gruñona é impaciente?

—¡Vaya! exclamó Antonio echando hácia atrás la cabeza con un movimiento que le era habitual cuando algo le incomodaba; ¡como si unos servicios tan vulgares tuviesen algun mérito! De ese modo, si cuando estornudo, la persona que tengo al lado me dice «Jesus,» ya tengo con ella una deuda para toda mi vida.

Lucy no pudo menos de reirse de esta comparacion singular.

—Sin ofenderos, exclamó, ¿puedo manifestaros mi admiracion por el hermoso trabajo de esta silla y por la madera con que ha sido hecha?

—Ciertamente, respondió Antonio sonriendo; siempre es un gusto para mi el oir elogios de las personas ó las cosas de este país. La madera es olivo y es obra de un muchacho muy diestro. Si algun dia vamos juntos á Taggia, os enseñaré muebles de la misma madera y de la misma mano, que creo estarian bien hasta en Davenne Hall.

—Un hombre tan hábil dijo Lucy, debe ir á Lóndres; estoy cierta de que haria fortuna.

—*Es muy probable, repuso Antonio; pero no tiene la* idea de enriquecerse. Los habitantes de la Riviera tienen mucho apego á su país natal; no salen jamás de sus lugares y se expatrian rara vez, cuando no les obligan á ello. Además, nuestro ebanista es mas que un obrero, es un artista.

Comprendo que no se quiera salir de este país, y con mayor razon cuando se tienen los ojos y el alma de un artista. ¿Dónde se encontraria una naturaleza como esta?

Y en sus ojos se leia una expresion de éxtasis.

Antonio la observaba; por toda respuesta la dijo:

—El aire os aprovecha; pareceis estar mas... animada.

—¿De veras? Es que me siento muy bien y muy alegre; la alegria, como ya sabeis, se pinta en el rostro.

Antonio clavó sus ojos negros en los suaves ojos azules de Lucy sin hacer ninguna observacion. Esta mirada y este silencio dejaron confusa á la jóven, que sin saber por qué se creyó obligada á explicar sus palabras, cosa de que la habria dispensado Antonio.

—Mi hermano, dijo, no puede estar de vuelta en Inglaterra antes de cuatro meses, y así es que mi padre no sentirá ya su permanencia aquí; además, yo estoy muy contenta porque tiene un caballo, y porque me puedo sentar en este balcon á disfrutar de tan hermosa vista. ¿No debo estar alegre?

—Seguramente, dijo Antonio que se habia puesto serio y atusaba su barba. ¿Qué faltaba pues á su juicio, en la enumeracion que hacia Lucy de los motivos que tenia para estar contenta?

Siguió una corta pausa, durante la cual el doctor y Lucy no parecian hallarse muy á gusto.

—Ahora que me acuerdo, dijo el italiano levantándose, creo que no he visto vuestro dibujo; ¿se puede ver?

—No vale nada, respondió Lucy sonrojándose un poco; me avergüenzo de mi misma y estoy desanimada.

—Habeis abrazado un panorama demasiado grande, repuso Antonio; ¿quereis que os dé un consejo?

—Ciertamente.

—¿Veis aquella torre medio ruinosa á la sombra de las palmeras en el cabo de Bordighera?

—Sí.

—Probad esa vista primeramente, ó aquel pedazo de pared con las *enredaderas* que se *destaca sobre el azul* sombrio de la mar. No abraceis muchos objetos á un tiempo, y os respondo de que os saldreis con la vuestra. Pero ¡cuidado con la ambicion!

—¡Temeraria ambicion que quiere remontar el vuelo mas de lo que puede y se viene á tierra! dijo Lucy riendo.

—Es de vuestro famoso Shakspeare, dijo Antonio. Creo que todos los ingleses saben las obras de Shakspeare de memoria. Yo no he encontrado nunca un inglés por ignorante que fuera, que no pudiera citar oportunamente un verso de Shakspeare. ¡Qué hombre debió ser aquel cuyo genio ha podido así durante una série de siglos dar un cuerpo, «una habitacion local y un nombre á los sentimientos de toda una nacion!»

Otra cita de Shakspeare, *exclamó Lucy; le conoceis* como si fuera uno de vuestros poetas nacionales.

—Es uno de mis poetas favoritos. Shakspeare no es el poeta de un siglo ó de una nacion, es el poeta de la humanidad. Como un sol, esparce su luz y su calor por el mundo entero de la inteligencia.—¿Sabeis dibujar figuras? preguntó el doctor señalando á la orilla del mar. ¿Qué grupo harian aquellos pescadores con aquella mujer montada en el asno y que se detiene á hablar con ellos!

—Sí, pero no sé dibujar figuras, respondió Lucy con sentimiento.

—Debeis aprender. Los personajes son tan pintorescos en Italia, que es casi una obligacion reproducirlos.

—Sí, pero hay que saber hacerlo. Yo no sé siquiera por dónde principiar, si por la cabeza ó por los zapatos; ¿quién me puede enseñar aquí?

—Yo podria hallaros un maestro.

—¿De veras? Pues sí, quiero aprender.

—Mañana os le enviaré. Me habeis dicho á menudo que os gustaria leer el poema del Dante con una persona que pudiera explicarle y comentarle; si seguis en la misma idea, puedo complaceros.

—Parece que teneis el arte de encontrar todo lo que yo necesito ó deseo, dijo Lucy dirijiéndole una mirada de reconocimiento.

—Os someteis con tanta resignacion á mis órdenes severas, respondió Antonio, que en el dia que podeis salir de la cama me veo obligado á poner á contribucion toda la vecindad para serviros. Os aseguro que tenemos aquí mas recursos de lo que parece á primera vista. En todas las clases hay mucho gusto natural y una singular aptitud para aprenderlo todo. Así es, que tenemos músicos que han aprendido solos y que lo hacen muy bien, á fé mia. Nuestro organista, que podria pasar por un artista consumado, ha sido él mismo su maestro.

—¡Es asombroso! dijo Lucy; ¿y son comunes como el talento las buenas cualidades?

—Se puede asegurar que nuestros aldeanos tienen todos muy buenas cualidades; son sobrios, independientes, agradecidos; tienen en sí una dulzura innata, y cuando disputan—¿en qué país los hombres están siempre en paz unos con otros?—rara vez la contienda acaba á golpes: ¿os cuesta trabajo creerme?

Lucy se puso encarnada, pues lo que Antonio la decia sobre el carácter italiano, era justamente lo contrario de *lo que ella habia oido decir.*

—Dejad á un lado las preocupaciones, continuó Antonio, ó mas bien acordaos de ellas para compararlas con los resultados de vuestras observaciones. Los hechos son inflexibles, miss Davenne, y la observacion de los hechos os demostrará, que entre nosotros rara vez se ven ejemplos de mujeres ó de niños que llevan en sí las señales de los malos tratamientos de sus maridos ó de sus parientes; que se conocen poco la embriaguez y los crímenes; que hay provincias enteras (San Remo es una de ellas), en las cuales no hay memoria de que se haya cometido un asesinato. La propiedad está tan dividida, que los dos extremos de la riqueza y la miseria apenas existen, y que felizmente sucede lo mismo con la mayor parte de los males que provienen de esos extremos, como por ejemplo, la mendicidad.

—¡Me pintais una verdadera Arcardia! exclamó Lucy.

—Algunas sombras hay en el cuadro, respondió el doctor; pero la verdad es que aquí todos vivimos felices y contentos.

XI.

EL 15 DE MAYO DE 1840.

Han trascurrido quince dias. Durante este tiempo la salud de Lucy se ha fortificado rápidamente. Todo el mundo estaba contento en la posada, se habian formado nuevas costumbres, y ya cada cual se entregaba á sus nuevas ocupaciones. En fin, cada dia llegó á nuestra pequeña colonia un nuevo continjente de placeres y de recíproca benevolencia. El tiempo era hermosísimo, y sir John no perdió una sola mañana para pasearse á caballo.

Pero el gran acontecimiento de la quincena ha sido la celebracion del vigésimo aniversario del nacimiento de miss Davenne. La posada cuya fealdad ya comienza á olvidarse, ha visto maravillas y ha sido teatro de una actividad increible. Se dió una gran comida á la que asistieron el conde de la vecindad y otras notabilidades, entre las cuales figuran el doctor Antonio, el alcalde, algunos consejeros municipales, y el juez de paz de Bordighera.

Esta comida fué suntuosa; el ex-cocinero del obispo de Albenga habia hecho prodigios, y John para el servicio no tenia rival. El baron hizo los honores de un modo tanto mas afable, cuanto que no los hacia bajo un pié oficial sino de incógnito en cierto modo, y con la negligencia de los señores del mundo cuando tienen á bien dejar su corona y pasar por simples mortales. Sir John se consideraba colocado en la misma posicion que cuando presidia la comida anual que daba á sus arrendetarios en Davenne.

Durante la noche Lucy hizo su entrada en la sala sobre su sillon. No necesitamos decir el efecto que su gracia y su hermosura produjeron en el espíritu proverbialmente entusiasta de los italianos. Antonio cantó algunas de sus mas alegres canciones sicilianas, que fueron aplaudidas con delirio. En suma, la fiesta estuvo tan brillante que el doctor Antonio anunció de parte del baron, que este recibiria con gusto á todas las personas allí *presentes, los miércoles* y *los sábados á las ocho de* la noche.

Debemos hacernos cargo de una circunstancia muy importante, y es que aquella noche Antonio acabó de hacer la conquista del baron. ¿Era su trage negro de rigor y su corbata blanca, eran sus modales distinguidos ó sus talentos de sociedad, ó las tres causas reunidas las que ganaron el corazon británico de sir John? No podriamos decirlo, pero lo cierto es que triunfó por completo el doctor Antonio. El baron durante la comida y la soirée trató al doctor Antonio con una distincion marcada, llamándole públicamente «mi honorable amigo,» y en la conversacion íntima «mi querido amigo.» Llegó hasta el punto de declarar á Lucy que «si pudieran decidirle á que se afeitara, no haria mala figura en la mesa de un rey.»

Desde aquel dia Antonio fué promovido al honor de cambiar apretones de manos con el baron, y á pesar de todas las protestas del doctor, John fué despachado todas las mañanas á casa de este último, con un saludo de sir Davenne y el diario de la víspera.

Dos brillantes soirées musicales como llama sir John á esas reuniones han tenido lugar en la posada en la semana última, y tercera que se está preparando, excita una gran efervescencia en la vecindad. En diez millas á la redonda no se habla mas que de los conciertos del *milordo inglese*. Visitantes de Vintimiglia y de San Remo acuden á dejar tarjetas á sir John y á miss Davenne y una porcion de personas solicitan la proteccion del conde y del doctor para que les conviden.

La direccion de la música corre á cargo del doctor Antonio, que es quien dirije la ejecucion de los cuartetos. Los artistas, un bajo, un violin y un violoncelo, son todos dilettanti de Bordighera; Antonio hace el cuarto tocando alternativamente la flauta y la guitarra.

El cuartito de Hutschin se trasforma los miércoles y sábados en sala de refrescos, y contiene un ambigú bien surtido.

Sir John en esas noches rebosa de contento; su andar, su voz y su mirada dicen claramente:

—Yo soy el amo de todo esto.

Los demás dias de la semana la sociedad de sir John se limita al conde y al doctor Antonio. Mientras se toma el té, sir John deja escapar algunas alusiones á las grandezas de Davenne Hall, y luego á las diez en punto comienza su partida de ajedrez con Antonio. Esta es *la señal de la retirada para Lucy; en cuanto al conde* no tardará en dormirse con un sueño mas ó menos interrumpido.

Sir John gana invariablemente dos partidas de tres, pues el doctor ha descubierto que el baron no puede perder mas de una partida sin perder al mismo tiempo su serenidad, y cuando está de mal humor, el padre de Lucy es insoportable.

Durante la quincena Lucy ha pasado casi todo su tiempo en el balcon. Desde que puede tomar el aire su salud se ha mejorado considerablemente. Se divierte en las soirées musicales, primero porque la gusta la música, y despues porque no la desagrada el efecto que produce su persona.

¡Cosa singular! Lucy no parecia haber reparado nunca que era bonita, y solo ahora comenzaba á pensar en esto sériamente; ¡todos la demuestran tantas atenciones! Lucy es verdaderamente una reina en pequeño con su córte. En el dibujo hace grandes progresos, sobre todo en la figura. La gusta tanto este género, que mas de veinte veces ha bosquejado á Speranza que la sirve de modelo con una paciencia angelical. Es verdad que Speranza ya no es aquella jóven abatida y desanimada, sino que se halla como vuelta á la vida por un misterioso presentimiento que toca á su feliz desenlace.

Luego hay las lecciones de guitarra y las visitas del doctor Antonio, de modo que con todo esto las horas pasan rápidas para la enferma.

El maestro de dibujo, la divierte tambien: es un hombrecillo muy fogoso y violento, ¡pero tan bueno y de una capacidad tan grande!

En cuanto al Dante, *Lucy* confiesa *al doctor* que es un pozo demasiado profundo para ella, mas sin embargo, persevera y saca lo que puede.

Dice con toda franqueza que ahora la vista que disfruta desde el balcon la causa mas placer que los primeros dias; la parece, para emplear sus propias palabras, que todas las bellezas distintas del paisaje se han fundido en un todo grandioso.

El doctor toma los favores del baron tranquilamente, como un hombre que recibe lo que merece. Tampoco le han dado mas vanidad sus triunfos de director de orquesta. El doctor Antonio es siempre el mismo; si ha habido en él algun cambio, es cierto cuidado en su persona, tan poco perceptible sin embargo, que solo es capaz de descubrirle el ojo de una mujer.

Quizá su frac está mejor cepillado que antes; quizá sus cabellos y su barba están mas peinados, y el lazo de su corbata mejor hecho. Sus tareas musicales no le han hecho descuidar á miss Davenne; al contrario, cada dia aumentan sus atenciones, hasta el punto que Lucy llegó á pensar que no existia en el mundo un hombre que se pudiese comparar con el doctor Antonio.

Tal era en resúmen el estado bastante satisfactorio de las cosas y de las personas en la *Posada del Mattone* el 15 de mayo de 1840.

La mañana estaba hermosísima y acababan de dar las diez. Miss Davenne con un vestido azul claro estaba sentada en el balcon muy ocupada en sus dibujos. ¿La eleccion del vestido azul era puramente accidental, ó tenia por causa la observacion que hizo la víspera el doctor Antonio, que de todos los colores era el azul su color predilecto? No sabriamos decirlo.

Antonio estaba sentado tambien en el balcon y se tiraba con fuerza de la barba, señal de agitacion en los aires. Hutschin habia entrado en el aposento para poner en agua un grueso ramillete de rosas que acababa de traer Antonio.

Contra su costumbre entrámbos jóvenes callaban porque no se les ocurria nada que decirse. Quizá Lucy estaba demasiado ocupada con su dibujo; en cuanto al doctor, se conocia que estaba conmovido. Su sangre fria le habia abandonado completamente. Es la primera vez desde que hemos hecho su conocimiento que manifiesta los síntomas de una enfermedad que nadie podria sos-

© Biblioteca Nacional de España

pechar en él,—la irresolucion. Tenia en la punta de la lengua una palabra ó una frase que temia pronunciar. De tiempo en tiempo se preparaba á levantarse, y luego volvia á caer sobre su silla.

Por fin, haciendo un esfuerzo heróico se levantó y dijo resueltamente:

—Miss Davenne, ¿quereis ver si podeis andar?

Al oir esto, las mejillas pálidas de Lucy, mas pálidas aun que de costubre aquella mañana, se cubrieron de un vivo encarnado.

Como Lucy habia declarado ya que antes de gastar muletas preferiria morir sobre su silla, llamaron á Hutschin para sostenerla por un lado, en tanto que el doctor la sostenia por el otro.

Lucy se levanta, se apoya en los dos brazos que la ofrecen y anda.

El corazon de Antonio late fuertemente.

—¿Sentis dolor en alguna parte? la pregunta en voz baja.

—No, respondió Lucy; únicamente el tobillo está como dormido.

—¿Y creeis que podriais andar sola?

—Me parece que si, dijo Lucy volviendo hácia él su afable rostro.

—Probadlo pues.

El doctor y Hutschin soltaron suavemente á Lucy.

Antonio se quedó delante de ella con los brazos abiertos, dispuesto á cojerla, en la actitud de una madre que vigila los primeros pasos de su hijo querido.

Lucy comenzó á andar sola; dió un paso, dos, tres, cuatro, nada mas que cuatro, pero eran lo bastante para que el doctor pudiera estar seguro de que no cojeaba.

—¡Victoria! gritó Antonio con tanta alegría, que Lucy y Hutschin se estremecieron.

Pero de repente se contuvo temiendo que su alegría manifestara la extension de sus temores y ocasionara á Lucy un choque retrospectivo.

(Se *continuará.*)

Nuestros lectores habrán visto en los baratillos algunos ejemplares de esos caprichosos cuadros llamados *Mesas-revueltas*, un tiempo muy de moda, y hoy relegados entre muebles viejos, al par de muchos retratos de familia. Allí se ven en confuso hacinamiento y en el mas artístico desórden sobres de cartas con su clásica oblea, libros en pasta que no les falta mas que hablar, billetes de la lotería moderna y pagarés de la difunta, letras de cambio muy cucas, sobre las cuales un capricho ingenioso del pintor ha colocado el vidrio de un lente monóculo de asta, para aumentar los caractéres por ilusion óptica, una estampa de S. Antonio, algun papel de música con la cachucha ó con la cancion del *Triste Chactas*, targetas de visita con un Cupido grabado y el nombre manuscrito, y en fin, otra porcion de cosas por el estilo, cubriéndose en parte unas á otras con estudiado desórden.

No nos proponemos nosotros resucitar aquella moda, pero debemos hacer presente á nuestros lectores que hay dias, y el de hoy es uno de ellos, en que debiendo ocuparnos de diferentes cosas á la vez, todas ellas descosidas y sin enlace entre sí, no vemos manera de configir con tan diversos elementos un artículo, por mas que queramos estirar el título de forma que en él entre todo. Por eso pedimos permiso para darle por epígrafe *Mesa-revuelta*, por analogía con aquellos ya casi olvidados cuadros que yacen comidos de polilla en los oscuros bazares de muebles viejos.

Hecha esta explicacion y pedida esta vénia, entremos á ocuparnos uno á uno de los asuntos de nuestro cuadro hasta donde alcance el material; asuntos que no pecarán por viejos, y que no se parecerán á aquellos sino solo en la falta de habilidad del pintor.

Será el primero una bellísima cartulina dispuesta por la empresa de Ferro-carril, para indicar la marcha del tren real que partió de Cádiz el dia 3 del pasado octubre. No hemos visto nada mas lindo en su concepcion ni mejor ejecutado en sus por menores. La preciosa orla, que imita un fondo de acero de sorprendente limpieza, presenta en tres de sus ángulos los tres arcos triunfales erigidos en las estaciones de Sevilla, Jerez y Cádiz, con las inscripciones que llevaban, armonizando con los escudos de armas de las tres expresadas ciudades, los cuales van enlazados por una elegante banda encarnada, en la que se lee lo siguiente: *Ferro-carriles de Sevilla, Jerez y Cádiz.* El resto de la orla va adornado con caprichosos follages de exquisito gusto. En el centro, se ve el cuadro que indica la marcha del tren, y sobre él el escudo de las armas reales primorosamente ejecutado. Al pié de la orla se lee el año en gruesos caractéres, y mas abajo en pequeños *Leautier-Sevilla.* Es un trabajo, lo repetimos, en que compiten el mas acendrado gusto con el primor de la ejecucion.

Todo esto, como fácilmente se comprende, no tiene nada que ver con una plaza de toros, y sin embargo de ella vamos á hablar.

Hace años que en Cádiz no existia semejante requisito. La última, ya mas avejentada que vieja, y que aun de jóven no gozó nunca de gran salud, vino en parte á tierra á consecuencia de cierta brecha que el mar abrió en la muralla inmediata, y aunque puede decirse que murió de mano airada, casi nadie se apercibió de ello. Su muerte era cuestion de meses mas ó menos, y le sucedió lo que al tísico en tercer grado que muere de una caida ó de un cantazo una semana antes de lo que naturalmente le hubiera quedado de vida.

Pero era el caso que de un modo ó de otro Cádiz no tenia plaza de toros, y que los aficionados iban á llorar dia tras dia sobre las ruinas de aquella destruida Babilonia, señalando uno por uno los sitios en que tuvieron lugar los históricos lances de las pasadas y gloriosas lidias. Otros, mas movidos por los alicientes del porvenir que por los recuerdos del pasado, juzgaban que no era bien que el pueblo de Cádiz tuviese que emigrar todos los años para ver corridas de toros á poblaciones donde se dejaba buena cantidad de pesos, sin poder en cambio aspirar á llamar á sí á su vez á aquellas mismas poblaciones, puesto que le era imposible ofrecerles en cambio otras corridas de toros que emulasen á las suyas y aun las excediesen. Este clamoreo, por tan diversas causas movido, tuvo un momento en que pareció mitigarse, á consecuencia de las desgracias repetidas que ensangrentaron los redondeles de las plazas; pero al contar las brechas que el homicida piton habia abierto en la falange tauromáquica, se vió que aun quedaba carne bastante que sacrificar en aras de la aficion pública, y se dijo: "Levantémos una plaza mas" y la plaza surgió en brevísimos dias, y creció y se ensanchó como vegiga que se sopla, y en ella se lidiaron toros, mal que nos pese á los satirizadores de este espectáculo, los cuales decididamente estamos hoy por hoy en minoría.

La plaza es grande, muy grande, y cómoda á lo que parece. En los delanteros de los balcones están inscriptos en gruesos caractéres los nombres de los toreros ilustres que dieron en vida gloria á su patria con la muleta, con la banderilla ó con la garrocha: aquella es una sucursal del templo de la fama. Hubiera debido ponerse sobre la puerta por donde entra el ganado esta inscripcion, traducida de la del panteon francés: "A los grandes hombres, la patria reconocida."

Esto de los grandes hombres nos lleva naturalmente á los mostruarios fotográficos, y á los cuadros de personages célebres que vemos en ellos. Aquellas sí que son mesas revueltas en toda la estension de la palabra. El compositor Verdi aparece allí entre el Tato y Yesca (este último ha alcanzado su celebridad callejera por el punto de voz con que pregona sus romances); Garibaldi está allí pared por medio con el cardenal Antonelli; la Nena, colocada entre Victor Manuel y Francisco Segundo, parece como que trata de distraerlos con una pirueta, pero no lo logra: el primero está colocado en la fotografía de modo que uno de sus bigotes mira hácia el Adriático y el otro hácia el Tíber, mientras el segundo no quita ojo del Vesubio: el astrónomo Le Verrier está allí observando su planeta, y junto á él Linçoln, el presidente de los Estados des-Unidos, busca en vano unas cuantas estrellas que se le han perdido en su bandera.

Pero hemos nombrado á Yesca, y es bien que justifiquemos el derecho que tiene para estar allí con un ejemplo flamante. En efecto, uno de estos últimos domingos tuvo lugar en la plaza de toros una corrida de novillos, á la que acudió copiosa concurrencia. Yesca, que hace á pluma y á pelo, y que lo mismo entona una antífona que se lanza á matar un toro, fué pedido por el público, y obtenida la venia, se presentó en medio del redondel con su intrepidez característica, y esgrimiendo la espada á lo colchonero, como decia Quevedo, dió al pobre animalejo unos cuantos tajos y pinchazos. El público, compadecido de la víctima, por mas que no sea la compasion lo que mas reluce en una plaza de toros, se arrojó á la arena, y entre palos, zapatazos y coscorrones consumó la obra empezada. Yesca y otro aficionado, que segun nos han dicho se llama Tabares, y que esperamos ver pronto en el mostruario de los personages célebres, fueron los héroes de la fiesta.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE PAÑO DE SEDA VERDE CLARO. La enagua está guarnecida con 3 volantes encañonados de 8,—7,— y 6 centímetros de alto; los cañones son muy anchos, y van separados por un espacio liso; los volantes están dispuestos en puntas redondeadas; sobre ellos corren otros tantos gruesos cordones de tafetan verde mas oscuro que el del trage, siguiendo todas las sinuosidades de los volantes; van separados por un espacio de centímetro y medio. El corpiño es montante con botones de tafetan verde oscuro, y por uno y otro lado de ellos vienen de arriba abajo otros dos cordones, que se repiten sobre el volante á puntas que forma el jockey de la manga y en el borde de la vuelta de la misma.

TRAGE DE MUARÉ ANTIQUÉ NEGRO CON SALPICADO DE HOJAS NEGRAS SATINADAS. Lo bajo de la enagua está guarnecido con un volante de encage negro de 15 centímetros de alto; termina redondeándose por delante á uno y otro lado, y envolviendo una gruesa escarapela de cinta negra con bordes satinados; sobre el volante corre un rizado de la misma cinta; otras dos grandes escarapelas semejantes, rodeadas de encage por abajo, están colocadas en el delantero del trage por uno y otro lado encima del volante, y continúan así una especie de túnica; igual adorno hay puesto en cada manga á guisa de jockey. Lo bajo de ella vá guarnecido por un volante de encage, interrumpido por otra escarapela. El delantero del corpiño se adorna con tres encages que forman abanico. Sombrero blanco, con ala y bavolet color de violeta, adornado con dálias de pluma de color violeta y amarillo.

Soluciones á la charada del n.º 43.

SALA es pieza que se encuentra
comunmente en toda CASA;
es resinoso un betun,
ó jugo, llamado LACA,
y en trance apurado anhelan
entrar los buques en CALA.
A una mujer incompleta
se la denomina MANCA,
y deseamos los hombres
que la hembra sea MANSA:
en diversas poblaciones
por costal se dice SACA,
y de esta charada el todo
es la ilustre SALAMANCA.

Burgos 30 de octubre 1862.

EMILIO CORRAL.

No hay CASA buena sin SALA
para recibir visitas,
y huele y arde la LACA
como si fuera resina.
Si hay temporal y halla el buque
una CALA, allí se abriga.
Lisiada es la mujer MANCA
en Francia como en Castilla;
y si es MANSA, manca y todo
la hembra de amor es digna.
SACA y costal todo es uno,
y sobre costales iban
los chicos á SALAMANCA
á estudiar filosofía.

Santander 30 de octubre 1862.

E. B.

Torpe por demás seria
si leyendo tu charada
dudara un solo momento
que la CASA quiere SALA,
que la LACA es una goma,
que á un buque abriga la CALA,
que aunque MANCA, á la mujer
la queremos si es que es MANSA,
que la SACA es un costal
y tu todo SALAMANCA.

Córdoba 27 octubre 1862.

BERNARDO LOPEZ DE LA TORRE.

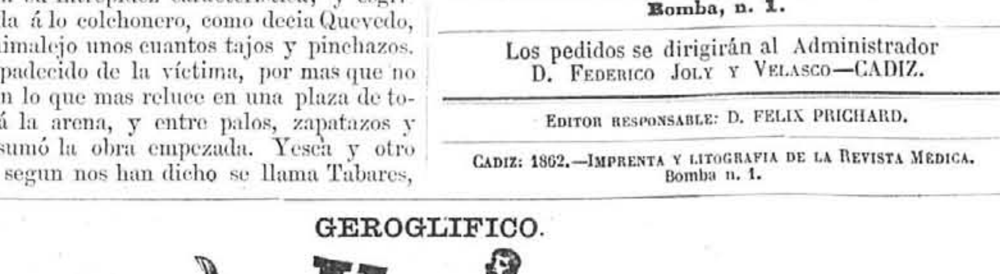
Se suscribe en la Administracion general, calle de la Bomba, n. 1.

Los pedidos se dirigirán al Administrador
D. FEDERICO JOLY Y VELASCO—CADIZ.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1862.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA.
Bomba n. 1.

GEROGLIFICO.



© Biblioteca Nacional de España